

REVOLUCIONES TECNOLÓGICAS

Miquel Barceló

Escribo este texto cuando la revolución de las infotecnologías parece haber llegado también al mundo del taxi. La nueva aplicación para smartphones llamada *Uber* ha concitado la enemistad de los taxistas que se han puesto de acuerdo para hacer huelga (el miércoles 11 de junio) en casi media Europa. Y todo por una aplicación que permite a particulares quedar para que uno traslade a otro con su coche, saltándose así el negocio ya tradicional del taxi. Uno más de los viejos negocios afectados por el cambio que aportan las infotecnologías.

Sí, ya sé que el mes pasado les hablaba de falta de perspectiva para juzgar los efectos finales de la revolución infotecnológica pero, como se suele decir de las brujas o meigas, los efectos haylos. Eso no hay que olvidarlo. Podemos no tener la suficiente perspectiva para juzgarlos correctamente, pero los cambios existen.

Y los taxistas no son los únicos afectados. Sólo que ahora les ha llegado, también a ellos, ese efecto del todo. Nos sigue faltando perspectiva, pero los cambios ya están aquí.

Una aplicación como *Uber* no es distinta de tantos casos en los que las infotecnologías han dado al traste con viejos negocios que, simplemente, deberán cambiar para sobrevivir.

Skype afectó al mundo del teléfono. De la misma manera que *Wikipedia* dio al traste con el negocio de los editores de enciclopedias. *WhatsApp* ha revolucionado la mensajería y el negocio de los SMS. La contratación de viajes y reservas de hotel directamente por Internet ha afectado a muchas agencias de viajes. *Paypal* y el *crowdfunding* afectan al fenómeno de la financiación y el pago hasta entonces propio tan solo de los bancos. Y, también, desde *Napster* (1999), se ha alterado el negocio de quienes vivían de la distribución de lo que hoy puede ser digitalizado y distribuido de manera “distinta” (música, libros, cine, etc.).

Ahora les llega el turno a los taxistas. Me temo que sólo queda decirles eso tan manido de “bienvenidos al club”.

El fenómeno resulta ser una desgracia para todos aquellos que resultan afectados, que van a tener que jugar con toda su influencia y su fuerza (huelgas incluidas) para defender un *statu quo* que, simplemente, empieza a demostrar que es obsoleto y tiene fecha de caducidad.

Con mis estudiantes de la UPC, antes de hablar de las infotecnologías, suelo considerar las dos tradicionales revoluciones tecnológicas que suelen reconocerse en la historia de la humanidad.

La primera: la revolución agrícola, allá en el Neolítico, que tuvo por efecto cambiarnos de nómadas a sedentarios e hizo aparecer la primera gran infraestructura de la especie humana: los pueblos que después devinieron en ciudades.

La segunda gran revolución tecnológica es mucho más reciente. Tiene menos de 250 años. Se trata de la revolución industrial acaecida con el perfeccionamiento final de la máquina de vapor por James Watt.

Después, suelo plantear a mis estudiantes la pregunta sobre si la llegada de la electricidad a finales del siglo XIX y principios del XX es una revolución tecnológica de ese mismo calibre. Y lo curioso para ellos es constatar como la mayoría de especialistas no se atreven a llamarla la tercera revolución tecnológica, y se contentan considerando que, producida en el seno de la sociedad industrial, la novedad que supuso el uso popular de la electricidad no es más que una “segunda revolución industrial”, pese a los grandes cambios que ha producido en nuestras sociedades en sólo un centenar de años.

Con estos antecedentes, es difícil saber si el cambio que están produciendo las infotecnologías es propio de una tercera revolución tecnológica o, al igual que se ha juzgado del advenimiento de la electricidad, basta con considerarla la “tercera revolución industrial”. Cada vez me inclino más a pensar que se trata de una verdadera revolución tecnológica: casi no hay ámbitos de la actividad humana que no resulten afectados.

En cualquier caso es algo difícil de decir. Aunque los taxistas (y tantos otros...) luchen por defender los viejos modos, lo cierto, como decía Bob Dylan es que los tiempos están cambiando. Y mucho. Y muy deprisa.